

Corpus Christi 2022

Homilía

Sábado 18 de Junio

✠ **Mario Aurelio Cardenal Poli**

Génesis 14, 18-20;

S.R. 109, 1-4;1

Corintios 11, 23-26;

Lucas 9, 11b-17

Muy queridos hermanos:

¡Bienvenidos al Corpus! El Señor nos ha permitido celebrarlo y acompañarlo. Que este privilegio nos llene el corazón de paz y de consuelo en este día.

No nos sorprende que una multitud siga a Jesús, porque Él, ante todo, les anuncia el Reino de Dios y los invita a buscarlo en primer lugar, antes que cualquier otro bien, pues, en relación a Él, todo se convierte en «lo demás», que es dado por añadidura. Solamente el Reino es pues absoluto y todo el resto es relativo, les decía¹. El pan de Jesús es la enseñanza de una Buena Noticia y el anuncio de la salvación que Él ha venido a

traernos. Por eso se entiende que quienes lo seguían no reparaban en sacrificios, con tal de escuchar al Maestro que hablaba con autoridad. A sus oyentes, el Señor se complacía en describirles de muy diversas maneras la alegría de pertenecer a ese Reino, y los exhortaba a vigilar con fidelidad su llegada definitiva. A sus palabras, le siguieron gestos de compasión, porque «devolvió la salud a quienes tenían necesidad de ser curados» (Lc 9,11).

Junto a Jesús, y frente a la multitud, estaban también los discípulos. Cuando cae la tarde, ellos sugieren a Jesús que despidiera a la gente para abastecerse de alimentos y

1. Cfr. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 8.



El Cardenal durante la Consagración en la Misa de Corpus

conseguir albergue. La despreocupación de los discípulos ante las carencias de la gente contrasta con la compasión de Jesús. La sugerencia deja al descubierto la intención de no comprometerse con el desafío. Jesús les ordenó entonces lo que para ellos parecía imposible de realizar: «¡Denles ustedes mismos de comer!» (9,13). De ese modo, les exigió que ellos se mostraran compasivos y solidarios con las necesidades de la gente, aún cuando los recursos eran insignificantes para más de cinco mil hombres, mujeres y niños. El Señor no aceptó la actitud mezquina de los discípulos. Tampoco acepta cuando podemos hacer algo por alguien y pasamos de largo. Con este milagro en la vida de Jesús, Él nos alentó a vencer nuestras indiferencias y a sentir como propias las necesidades de los otros (Flp 2,4). La primera comunidad cristiana tuvo un vivo recuerdo de «las palabras del Señor Jesús: “La felicidad está más en dar que en recibir”» (Hch 20,35). Para los discípulos, los cinco panes y dos peces que alguien puso en común les pareció poca cosa, pero no fue así para Jesús, para quien por poco que se le ofrezca, Él lo multiplica. Por eso, tomó los panes y los peces, levantó los ojos al cielo, pronunció la bendición sobre ellos y los partió. Esos gestos nos recuerdan a los de la Última Cena y primera Eucaristía antes de su Pasión (cfr. Lc 24,30). Y al considerar este pasaje del Evangelio, no podemos menos que asombrarnos del poder de Jesús que multiplica la comida y su generosidad siempre colma de abundancia: todos se sacian y todavía sobra. Es significativo que hayan sobrado doce canastas, una para cada apóstol, de modo que ellos puedan continuar repartiendo el

«pan de Jesús».

El milagro de la multiplicación acontece en cada Misa: es el don que el Señor hizo a su Iglesia de una vez para siempre. Misterio de amor que se actualiza en cada consagración cuando hacemos memoria de sus palabras que transforman el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre. En realidad, todo lo que se acerca a la Eucaristía se transforma, se llena de vida y de paz, la que da el Señor resucitado a sus amigos. En la Eucaristía se alimenta la pasión por la misión y el compromiso por el bien común.

Los poetas suelen ver y traducir bellamente lo que acontece en el misterio. Por eso, les comparto esta estrofa del

Poema del Pan Eucarístico

*Yo que miro con mis ojos,
sé que este pan es el Señor del cielo y tierra.
Yo, que lo gusto con mi boca,
sé que este pan es el Señor que nos espera.
Sé que la forma de las formas vive feliz
en este trozo de materia.
Y que esta harina inmaculada
no es otra cosa que su carne verdadera.
Sé que la luz que no se apaga
brilla desnuda en esta luna siempre llena.
Y que la voz de las alturas
duerme callada en esta boca siempre quieta.
Sé que el océano sin fondo
cabe sin mengua en esta gota que destella.
Y que la selva sin orillas
está encerrada en esta brizna carcelera.
Sé que el volcán inextinguible
se manifiesta en esta chispa de inocencia.
Y que el amor inenarrable
tiembla escondido en esta lágrima serena.²*

2. Cfr. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 8.

Decíamos durante las Asambleas del Sínodo Arquidiocesano: «No podemos vivir sin el fuego de la celebración eucarística, porque no habrá la necesaria espiritualidad de comunión para anunciar que Cristo está presente y cercano a todos en la ciudad. Mientras vamos de camino, toda la vida que compartimos con los ciudadanos de Buenos Aires –los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias– se vuelve oración, alabanza y súplica en nuestras Misas»³. En presencia del Cuerpo y la Sangre de Jesús, fuente inacabable de amor y gracia, hoy queremos volver a confirmar nuestra identidad más profunda: somos la Iglesia de la Eucaristía, de la Misa y de los sacramentos

que dan vida en abundancia; somos la Iglesia de CÁRITAS, para partir el pan cotidiano y el pan que salva. Somos la Iglesia de la escucha y el perdón; somos la Iglesia samaritana y fraterna que no se justifica cuando podemos hacer algo por el otro; somos la Iglesia que existe para evangelizar y anunciar que Jesús está vivo en nuestros barrios; somos la Iglesia de Jesús, la que nació de su costado abierto en la Cruz, la que muestra el rostro del Resucitado que nos dice: «Vengan a mí los que están afligidos y agobiados y yo los aliviaré»; somos la Iglesia católica, y con el Papa Francisco esperamos confiados la vuelta definitiva del Señor.

3. Cfr. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 8.